

PAUL MASON

POSTCAPITALISMO

HACIA

UN NUEVO

FUTURO

«Paul Mason ilustra sin piedad la muerte de nuestro sistema económico y nos presenta una visión original y bien argumentada de las alternativas reales a nuestro alcance.»

NAOMI KLEIN

PAIDÓS Estado y Sociedad

Paul Mason

Postcapitalismo

Hacia un nuevo futuro

Título original: *Postcapitalism*, de Paul Mason
Publicado originalmente en inglés por Allen Lane, an imprint of Penguin Books

Traducción de Albino Santos Mosquera

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Sashkin - Shutterstock

1ª edición, febrero 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2015 Paul Mason

© 2016 de la traducción, Albino Santos Mosquera

© 2016 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3187-9

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 696-2016

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Introducción	11
--------------------	----

Primera parte

1. El neoliberalismo ya no funciona	29
2. Ondas largas, memorias cortas	63
3. ¿Marx tenía razón?	85
4. Una onda larga, pero con alteraciones	121

Segunda parte

5. Los profetas del postcapitalismo	157
6. Hacia la máquina gratuita	201
7. Bella revuelta	237

Tercera parte

8. De las transiciones	283
9. Motivos racionales para el pánico	315
10. Proyecto Cero	339
Notas	375
Agradecimientos	393
Índice analítico y de nombres	395
Lista de siglas	425

Capítulo 1

EL NEOLIBERALISMO YA NO FUNCIONA

Cuando Lehman Brothers quebró el 15 de septiembre de 2008, el cámara que me acompañaba aquel día me hizo pasear varias veces entre el revoltijo de limusinas, unidades móviles, guardaespaldas y banqueros recién despedidos que allí se había formado, en el exterior de la sede central neoyorquina de la entidad, para grabarme dirigiéndome a los telespectadores en medio del caos.

Al visionar de nuevo las imágenes de semejante ajeteo casi siete años después, cuando el mundo no se ha recuperado todavía de las consecuencias de aquella jornada, me asalta inevitablemente una pregunta: ¿qué sabe ahora aquel tipo que hablaba a la cámara que no supiera entonces?

Yo sabía que había comenzado una recesión: acababa de recorrer Estados Unidos grabando un reportaje sobre el cierre de seiscientos establecimientos de Starbucks. Sabía que el sistema financiero global estaba sometido a un fuerte estrés: había informado de la preocupación que se tenía en algunos círculos de que un gran banco estuviera a punto de entrar en bancarrota seis semanas antes de que eso ocurriera.¹ Sabía que el mercado inmobiliario estadounidense estaba destrozado: había visto viviendas que se vendían en Detroit por 8.000 dólares en efectivo. Y sabía, además de todo eso, que no me gustaba el capitalismo.

Pero no tenía ni idea de que el capitalismo en su forma actual estuviera a punto de autodestruirse.

El crac de 2008 eliminó un 13 % de la producción global y un 20 % del comercio internacional. Colocó el crecimiento mundial en cifras negativas (conforme a una escala según la cual todo lo que esté por debajo de aumentos del 3 % anual es considerado como una recesión). En Occidente, dio origen a una fase de contracción más prolongada que la del periodo 1929-1933, e incluso ahora, en el entorno de tímida recuperación que estamos viviendo, muchos economistas convencionales viven con terror la posibilidad de un estancamiento a largo plazo.

Pero la depresión posterior a la caída de Lehman no es el verdadero problema. El problema real es lo que tenemos por delante. Y para com-

prenderlo mejor, debemos mirar más allá de las causas inmediatas del crac de 2008 y fijarnos más bien en las raíces estructurales del mismo.

Cuando el sistema financiero global se hundió en 2008, no hubo que esperar mucho a descubrir la causa inmediata de tal debacle. Los culpables de la misma habían sido las deudas ocultas en unos productos conocidos como «vehículos de inversión estructurados» valorados a precios engañosamente irreales, y la red de compañías no reguladas y domiciliadas en paraísos fiscales conocidas —desde el momento en que el sistema comenzó a implosionar— como «sistema bancario en la sombra».² Luego, cuando se iniciaron los procesos judiciales, pudimos comprobar la escala de toda aquella actividad delictiva que condujo a la crisis y que tan normal nos había llegado a parecer.³

Pero, en lo que a manejarse en la situación creada por la crisis se trataba, pilotábamos todos a ciegas, por así decirlo, porque no disponemos de ningún modelo de una crisis económica neoliberal por el que guiarnos. Y es que, por mucho que la ideología en su conjunto se acompañe de ciertos aditamentos no muy convincentes —como lo del fin de la historia, lo de que la tierra es plana, lo del capitalismo sin fricciones, etcétera—, la idea básica que subyace al sistema neoliberal es una sola, y no es otra que la de que los mercados se corrigen solos. De ahí que la posibilidad de que el neoliberalismo se viniera abajo vencido por el peso de sus propias contradicciones fuera —entonces como aún sigue siéndolo hoy en día— inaceptable para una gran mayoría.

Siete años después, el sistema ha sido estabilizado. A base de incrementar la deuda pública de muchos países hasta niveles próximos al 100 % del PIB, y a base también de imprimir dinero por un valor aproximado a una sexta parte de la producción mundial de bienes y servicios, Estados Unidos, Gran Bretaña, Europa y Japón consiguieron inyectar una dosis de adrenalina suficientemente potente como para contrarrestar los ataques y los temblores del sistema. Salvaron a los bancos enterrando sus deudas incobrables; algunas de ellas fueron simplemente canceladas, otras fueron asumidas por los Estados en forma de deuda soberana, otras fueron sepultadas en entidades financieras a las que los bancos centrales de sus respectivos países dieron una apariencia de seguridad jugándose su propia credibilidad en ello.

A partir de ahí, valiéndose de las políticas de austeridad, aliviaron a quienes habían invertido estúpidamente el dinero de la dolorosa carga de costear todas esas medidas estabilizadoras e hicieron recaer dicha carga sobre los hombros de las personas perceptoras de ayudas sociales, los

trabajadores del sector público, los pensionistas y, principalmente, sobre las generaciones futuras. Esto ha supuesto que, en los países más afectados, los sistemas de pensiones hayan quedado prácticamente destruidos, se haya retrasado la edad de jubilación (quienes hoy terminan sus estudios universitarios tendrán que jubilarse a los setenta años) y se haya privatizado la educación hasta tal punto que los graduados se verán abocados a soportar deudas por préstamos de estudios durante toda la vida, al tiempo que se han cerrado servicios y se han congelado obras de infraestructuras.

Pero, aún hoy en día, mucha gente no comprende realmente el verdadero significado de la palabra «austeridad». La austeridad no consiste en siete años de recortes del gasto, como ha sucedido en el Reino Unido, ni tan siquiera en la catástrofe social provocada en Grecia. Tidjane Thiam, presidente ejecutivo de Prudential, expresó el verdadero sentido de la austeridad en el foro de Davos de 2012. Los sindicatos son «enemigos de la gente joven», dijo, y el salario mínimo interprofesional es «una máquina de destrucción de empleo». Los derechos de los trabajadores y los salarios dignos son, pues, obstáculos en el camino del restablecimiento del capitalismo, por lo que, según afirma este financiero multimillonario sin sonrojarse, deben desaparecer.⁴

Ese es el verdadero proyecto que se persigue con la austeridad: impulsar a la baja los salarios y los niveles de vida en Occidente durante décadas hasta nivelarlos con los de la clase media de China e India, en ascenso.

Mientras tanto, y a falta de un modelo alternativo, están confluyendo otra vez las condiciones propicias para una nueva crisis. Los salarios reales han caído o se han estancado en Japón, el sur de la zona euro, Estados Unidos y el Reino Unido.⁵ Se ha reconstruido el consabido sistema bancario en la sombra y hoy es más grande aún que en 2008.⁶ La deuda global total de bancos, hogares, empresas y Estados ha crecido en 57 billones de dólares desde la crisis y su volumen actual es casi el triple que el del PIB mundial.⁷ Las nuevas normas que debían obligar a los bancos a mantener más reservas propias se han ido retrasando o han quedado diluidas. Y el «1 %» es más rico aún que antes.

Si se produce un nuevo frenesí financiero seguido de otro hundimiento, ya no será posible un segundo rescate. Las deudas públicas se sitúan actualmente en niveles propios del final de la Segunda Guerra Mundial y los sistemas del Estado del bienestar están seriamente dañados en algunos países: no quedan más balas en la recámara (o, en cualquier

caso, no de la contundencia de las que se dispararon durante el bienio 2009-2010 para atajar la última crisis). El rescate aprobado para Chipre en 2013 fue el banco de pruebas de lo que sucederá a partir de ahora si quiebra un gran banco o la hacienda pública de un país. En ese caso en concreto, los ahorradores vieron cómo de un día para otro todos sus depósitos bancarios de más de 100.000 euros a su favor se evaporaban.

Lo que he aprendido desde el día en que Lehman murió se resume así: la próxima generación será más pobre que la actual, y el viejo modelo económico ha dejado de funcionar y ya no puede reactivar el crecimiento sin restablecer la fragilidad financiera. Los mercados nos enviaron aquel día un mensaje sobre lo que sería el futuro del capitalismo, aunque por aquel entonces era un mensaje que solo me resultaba parcialmente inteligible.

«OTRA DROGA A LA QUE ESTAMOS ENGANCHADOS...»

En el futuro, deberíamos fijarnos en los emoticones, los *smileys* y los guiños digitales que los que están metidos en finanzas usan cuando saben que se están portando mal.

«Es otra droga a la que estamos enganchados», admitía en un correo electrónico el ejecutivo de Lehman responsable de gestionar la tristemente famosa táctica financiera conocida con el nombre de Repo 105. La táctica consistía en retirar deudas de los balances contables de Lehman «vendíéndolas» temporalmente para recomprarlas en cuanto el banco hubiera presentado su informe trimestral. A otro ejecutivo de Lehman le hacían por aquella época las preguntas lógicas al respecto: ¿es una táctica legal?, ¿hay más bancos que la empleen?, ¿está sirviendo para disimular agujeros en nuestra hoja de resultados? Su respuesta por correo electrónico fue lacónica: «Sí, no y sí :)».⁸

En la agencia de calificación Standard & Poor's, donde sabían que estaban calculando erróneamente el precio del riesgo de semejante maniobra, un empleado enviaba por aquel entonces el siguiente mensaje a un compañero: «Esperemos que seamos todos ricos y que nos hayamos retirado para cuando este castillo de naipes se desmorone». Lo remataba con un emoticón: «:O)».⁹

Entretanto, en las oficinas de Goldman Sachs en Londres, el operador bursátil Fabrice Tourre bromeaba:

Cada vez hay más apalancamiento en el sistema, el sistema entero está a punto de venirse abajo en cualquier momento [...] y ahí está el único superviviente potencial, el fabuloso Fab [...] en medio de todas esas complejas y apalancadísimas operaciones de compraventa exóticas que él mismo ha creado ¡¡¡sin necesariamente entender muy bien todas las implicaciones de semejantes monstruosidades!!!

Cuantas más pruebas de conductas delictivas y de corrupción afloran, más acompañadas vienen de muestras de complicidad informal entre banqueros que saben que están vulnerando las reglas. «Hecho. Por ti, chavalote», escribió un empleado de Barclays a otro mientras manipulaban el LIBOR, la tasa a la que los bancos se prestan fondos entre sí, y que constituye el principal tipo de interés de referencia de todo el planeta.¹⁰

No debería pasarnos inadvertido el tono de esos mensajes de correo electrónico: la ironía, la deshonestidad, el reiterado uso de *smileys*, de términos de argot y de signos de puntuación desquiciados. Todo ello es prueba de un autoengaño sistémico. En el fondo del sistema financiero, que es lo mismo que decir en el fondo del mundo neoliberal, se sabía que aquello no funcionaba.

John Maynard Keynes escribió en una ocasión que el dinero era «un nexo entre el presente y el futuro».¹¹ Quiso decir con ello que lo que hacemos con el dinero hoy es una señal de cómo nos parece que las cosas van a cambiar en los años venideros. Lo que hicimos con el dinero durante la época que se cerró con el descalabro de 2008 fue aumentar inmensamente su volumen: la masa monetaria global creció desde los 25 billones de dólares hasta los 70 billones durante los siete años previos al crac (a un ritmo, pues, incomparablemente más rápido que el del crecimiento de la economía real). Cuando el dinero se expande a esa velocidad, estamos dando a entender que pensamos que el futuro va a ser espectacularmente más rico que el presente. La crisis no fue más que una señal de respuesta desde ese futuro que nos confirmaba que estábamos equivocados.

Lo único que los componentes de la élite global supieron hacer en cuanto estalló la crisis fue poner más fichas en la mesa de la ruleta. Encontrarlas (hasta un total de unos 12 billones de dólares en forma de «expansión cuantitativa») no supuso ningún problema para ellos, pues eran también los cajeros del casino. Pero tuvieron que repartir sus apuestas más equilibradamente durante un tiempo y actuar de forma menos imprudente.¹²

En la práctica, esa ha sido la política que se ha seguido en el mundo desde 2008. Se imprime suficiente dinero como para que el coste de tomarlo prestado para los bancos llegue a ser cero o incluso negativo. Cuando los tipos de interés reales se vuelven negativos, los ahorradores —que solo pueden garantizar que su dinero está seguro comprando títulos de deuda del Estado— se ven forzados a renunciar a cualquier renta por sus ahorros. Eso estimula, a su vez, la reactivación de mercados como el inmobiliario, el de materias primas, el del oro y el bursátil porque obliga a los ahorradores a desplazar su dinero hacia terrenos más arriesgados. El resultado de todo este proceso hasta la fecha ha sido una recuperación muy tímida que no ha servido, sin embargo, para conjurar los problemas estratégicos de fondo, que permanecen.

El crecimiento en el mundo desarrollado es lento. Estados Unidos solo ha logrado recuperarse a base de arrastrar una deuda federal de 17 billones de dólares. Billones de dólares, yenes, libras y, finalmente, euros impresos y acuñados durante estos años continúan en circulación. Las deudas de los hogares occidentales siguen pendientes de pago. Ciudades fantasma enteras levantadas por la especulación inmobiliaria —desde España hasta China— siguen sin vender. La eurozona —que es probablemente la construcción económica más importante y frágil del mundo— permanece estancada, lo que genera un nivel tal de fricción política entre clases y entre países que bien podría hacerla saltar por los aires.

Nada de esto es sostenible a menos que el futuro nos depare una riqueza espectacular. Pero el tipo de economía que está surgiendo de la crisis no puede producir semejante abundancia. Así que nos encontramos actualmente en un momento estratégico, tanto para el modelo neoliberal como (lo demostraré en el capítulo 2) para el capitalismo en sí.

Rebobinando la cinta hasta aquel septiembre de 2008 en Nueva York, se obtiene una imagen bien visible del elemento que mayor fundamentación racional aportó al optimismo que impulsó la expansión previa. En mi filmación de aquel día, se aprecia la presencia de una multitud de personas en el exterior de las oficinas centrales de Lehman sacando fotos con sus Nokia, sus Motorola y sus Sony Ericsson. Los aparatos han quedado obsoletos hace tiempo; incluso el dominio que aquellas marcas ejercían entonces sobre ese mercado ha desaparecido.

Pero lo cierto es que el vertiginoso avance de la tecnología digital que impulsó el *boom* previo a 2007 apenas se ha tomado un respiro durante la crisis. En los años transcurridos desde la caída de Lehman, el iPhone ha conquistado el mundo y se ha visto posteriormente superado a su vez

por los teléfonos inteligentes con sistema Android. También han tenido éxito las tabletas y los libros electrónicos. Las redes sociales —de las que apenas se hablaba por aquel entonces— se han convertido en un elemento central de la vida de las personas. Facebook tenía 100 millones de usuarios cuando quebró Lehman; en el momento de escribir estas líneas, cuenta ya con 1.300 millones de usuarios y es más grande de lo que lo era el internet global en 2008.¹³

Y el progreso tecnológico no se ha limitado a la esfera digital. En estos siete años, pese a la crisis financiera global y el cataclismo económico consiguiente, Toyota ha fabricado 5 millones de automóviles híbridos: el quintuple de los que había producido hasta 2008. En ese año, había 15.000 megavatios de capacidad de producción de energía solar en el mundo; en 2014, dicha capacidad era ya diez veces mayor.¹⁴

La actual ha sido, pues, una depresión como ninguna otra anterior. Hemos visto crisis y estancamiento combinados con un rápido despliegue de nuevas tecnologías, algo que no ocurrió en la década de 1930. Y en el plano de las políticas aplicadas, el escenario ha sido el inverso al de aquel decenio. En vez de agravar la crisis como hizo la élite global de los años treinta del siglo pasado, la actual élite echó mano de herramientas políticas destinadas a amortiguar la economía real, muchas veces, en franca contradicción con lo que sus propias teorías económicas dictaban que debía hacerse. Y en algunas economías emergentes clave, el aumento de la demanda de materias primas unido al estímulo monetario global convirtió los años inmediatamente posteriores a 2008 en un periodo de bonanza.

El impacto sumado del progreso tecnológico, las políticas de estímulo y la resistencia y la flexibilidad para recuperarse evidenciadas por los mercados emergentes ha dado pie a una depresión mucho más leve en términos de costes humanos que la de la década de 1930. Pero, en cambio, el impacto de la crisis actual es mayor que el de aquel entonces. Para entender por qué, necesitamos examinar la cadena de causas y efectos.

Para los economistas (tanto de izquierdas como de derechas), la causa inmediata del hundimiento reciente fue el «dinero barato»: concretamente, la decisión de desregular la banca y flexibilizar el crédito que tomaron los Estados occidentales tras el pinchazo de la llamada burbuja de las tecnológicas (o de las «punto com») en 2001. Fue esa decisión la que propició la expansión descontrolada de los productos financieros estructurados... y la que sirvió de móvil de todos los crímenes posteriores: lo que los políticos vinieron a decirles en la práctica a los banqueros fue que

estos tenían la obligación de enriquecerse, por medio de las finanzas especulativas, para que su riqueza llegara luego hasta nosotros.

Admitido el papel central que el dinero barato tuvo como antecedente de la crisis, tenemos que enfrentarnos a un problema más profundo aún: el de los «desequilibrios globales», es decir, la división del trabajo que permitía que países como Estados Unidos vivieran del crédito e incurrieran en déficits elevados, mientras que China, Alemania, Japón y los otros países exportadores se beneficiaban del reverso de ese orden de las cosas. Sin duda, tales desequilibrios subyacen a la superabundancia de crédito que inundaba las economías occidentales. Pero ¿por qué existían? ¿Por qué las familias chinas ahorraban un 25 % de sus sueldos y los prestaban a través del sistema financiero global a unos trabajadores estadounidenses que no ahorraban nada?

En la primera década del siglo XXI, los economistas mantuvieron un debate en torno a dos explicaciones posibles (y rivales entre sí) de ese fenómeno: o bien la culpa la tenía el exceso de ahorro de la frugal población de Asia, o bien cabía atribuirla al excesivo volumen de préstamos contratados por los derrochadores habitantes de Occidente. Pero fuera cual fuere la explicación, lo cierto era que los desequilibrios eran un hecho. Si profundizamos un poco más en busca de una causa más fundamental, siempre daremos con la roca madre que es la globalización en sí. Pero, claro está, en la teoría económica convencional, la globalización es algo que no se puede cuestionar bajo ningún concepto: está ahí y punto.

La tesis de «las malas prácticas bancarias más el crecimiento desequilibrado» se convirtió así en la explicación estándar del hundimiento. Corrijamos los bancos, gestionemos las deudas a la baja, reequilibremos el mundo y las cosas volverán a estar bien: ese es el supuesto en el que se han basado las políticas aplicadas desde 2008.

Pero la persistencia del crecimiento bajo ha hecho que incluso los economistas convencionales se estén alejando de esa inicial actitud de autocomplacencia. Larry Summers, secretario del Tesoro estadounidense en tiempos de la presidencia de Bill Clinton y uno de los grandes arquitectos de la desregulación bancaria, sacudió el mundo de la economía académica cuando, en 2013, advirtió que Occidente se enfrentaba a la perspectiva de un «estancamiento secular», es decir, a un escenario de crecimiento bajo durante el futuro más o menos inmediato. «Por desgracia —admitió entonces—, [el bajo crecimiento] lleva ya mucho tiempo entre nosotros, pero ha pasado inadvertido, oculto tras la fachada de la insostenibilidad financiera.»¹⁵ El veterano economista estadounidense

Robert Gordon fue incluso más allá y predijo que el bajo crecimiento se instalaría en Estados Unidos durante los próximos veinticinco años como consecuencia del descenso de la productividad, el envejecimiento de la población, el elevado nivel de endeudamiento y la desigualdad creciente.¹⁶ Con implacable inexorabilidad, la no reactivación del capitalismo ha hecho que lo que hoy preocupe de verdad no sea ya la posibilidad de un estancamiento de diez años causado por una acumulación excepcional de deuda, sino la posibilidad de que el sistema nunca recupere su dinamismo. Nunca más.

Para comprender cuánto hay de racional en esas funestas premoniciones, se impone un examen crucial de cuatro factores que, si bien posibilitaron inicialmente el florecimiento del neoliberalismo, han comenzado ahora a destruirlo. Esos cuatro factores son:

1. El «dinero fiduciario», que permitió que reaccionáramos a toda ralentización de la economía con una flexibilización del crédito y que el conjunto del mundo desarrollado viva del endeudamiento.
2. La «financiarización», que sustituyó por crédito los estancados ingresos de la mano de obra del mundo desarrollado.
3. Los desequilibrios globales y los riesgos que siguen encerrándose aún en las inmensas deudas y reservas de divisas de países importantes.
4. La tecnología de la información, que hizo posible que ocurriera todo lo demás, pero cuya futura contribución al crecimiento es dudosa.

El destino del neoliberalismo depende de si esos cuatro factores persisten o no. El destino del capitalismo a largo plazo depende de lo que suceda si no persisten. Examinémoslos uno a uno.

EL DINERO FIDUCIARIO

En 1837, la entonces recién proclamada República de Texas emitió sus primeros billetes de banco. Se conservan aún unos pocos, nuevecitos, en los museos de ese estado. Como carecía de reservas de oro, el nuevo país prometió pagar al portador de aquellos billetes un 10 % de interés anual. Para 1839, el valor de un dólar texano había caído ya hasta los cuarenta centavos estadounidenses. En 1842, la impopularidad de los billetes era tal que el propio Gobierno texano ni siquiera los aceptaba para el pago de sus impuestos. Al poco tiempo, la población local comenzó a

presionar para que Estados Unidos anexionara Texas. Para 1845, cuando tal anexión se produjo finalmente, el dólar de Texas había recuperado buena parte de su valor. Estados Unidos canceló poco después, en 1850, 10 millones de dólares de deuda pública texana.

Ese episodio histórico se considera un caso de libro de lo que sucede con el «dinero fiduciario», es decir, con el dinero que no está respaldado por oro. En inglés se lo denomina «*fiat money*». La palabra latina *fiat* significa lo mismo que en la famosa expresión bíblica «*fiat lux*»: «hágase la luz». «*Fiat money*» significa, pues, «hágase el dinero», creado de la nada. En Texas, había tierras, ganado y comercio, pero no en cantidad suficiente como para justificar la impresión de 4 millones de dólares ni la acumulación de una deuda pública de 10 millones. El dinero de papel se hundió y, al final, la propia República de Texas desapareció.

En agosto de 1971, fue Estados Unidos el que decidió repetir aquel experimento, aunque, en esta ocasión, usando el conjunto del mundo como laboratorio. Richard Nixon abolió unilateralmente el acuerdo que fijaba el valor de todas las demás monedas al dólar, y el del dólar al oro. A partir de aquel momento, el sistema de monedas global estaría basado en el dinero fiduciario.

A finales de la década de los sesenta, el futuro jefe de la Reserva Federal, Alan Greenspan, había criticado la que por entonces era la propuesta de desvincularse del oro, que él consideraba una conspiración de los «defensores del Estado del bienestar a toda costa» dirigida a financiar el gasto público a base de confiscar el dinero del pueblo.¹⁷ Pero pronto él, como el resto de la élite estadounidense, cayó en la cuenta de que aquella maniobra haría posible que fuera Estados Unidos el que, en la práctica, confiscara el dinero de otros países; se abrió así la veda para que Washington se permitiera tres décadas de manipulaciones de su moneda. El resultado de ese proceso ha posibilitado que Estados Unidos acumule, a día de hoy, una deuda de 6 billones de dólares con el resto del mundo.¹⁸

Esta transición hacia un papel moneda puro fue la condición previa de todas las demás fases del proyecto neoliberal. A la derecha estadounidense le llevó mucho tiempo comprender que la medida no era en absoluto de su agrado. Hoy son precisamente los economistas de derechas quienes más indignados claman contra el dinero fiduciario. Lo consideran la fuente última de los reiterados ciclos de burbuja expansiva-pinchazo-contracción..., y, en parte, no les falta razón.

Desvincularse del oro y de los tipos de cambio fijos permitió que se introdujeran en la economía tres respuestas reflejas fundamentales de la

era neoliberal: la creación expandida de dinero por parte de los bancos, la suposición de que todas las crisis son solucionables y la idea de que las ganancias generadas con la especulación pueden seguir aumentando eternamente. Estas reacciones automáticas han arraigado hasta tal punto en la mente de millones de personas que, en el momento en que dejaron de funcionar, provocaron una parálisis.

Habría gente a quienes le suene a novedad la idea de que los bancos «crean» dinero, pero lo cierto es que siempre lo han hecho: siempre han prestado más efectivo del que guardan en la caja fuerte. Ahora bien, en el sistema previo a 1971, había límites legales al volumen de dicha creación monetaria. En Estados Unidos, en previsión de cualquier retirada de ahorros en ellos depositados, los bancos tenían que tener disponibles veinte dólares en efectivo por cada cien de depósitos anotados en su pasivo. De ese modo, aunque uno de cada cinco depositantes decidiera de pronto ir al banco a sacar todo su dinero, habría suficientes fondos para atender la totalidad de las solicitudes.¹⁹

El proyecto neoliberal fue suprimiendo esos límites progresivamente, en cada una de las fases en que se fue implementando su diseño. El primer Acuerdo de Basilea, firmado en 1988, fijó las reservas propias obligatorias por cada cien dólares de pasivo en ocho dólares. Cuando se firmó Basilea II, en 2004, tanto los depósitos como los préstamos habían alcanzado ya tal nivel de complejidad que se hacía imposible fijar un balance con una sola cifra porcentual. Así que se cambiaron las reglas: había que «ponderar» el capital de cada entidad de acuerdo con la calidad del mismo, una calidad de cuya valoración debía encargarse una agencia de calificación. Cada entidad tenía que revelar, eso sí, la ingeniería financiera utilizada para calcular sus riesgos. Y debía tener en cuenta el «riesgo de mercado», es decir, lo que estuviera sucediendo extramuros del banco.

Basilea II constituía una invitación explícita a trampear el sistema, y eso precisamente fue lo que los banqueros y sus abogados se dedicaron a hacer a partir de entonces. Las agencias de calificación valoraron erróneamente los activos; los gabinetes jurídicos diseñaron complejos sistemas con los que sortear las normativas sobre transparencia. Y en cuanto al riesgo de mercado, baste decir que, incluso en un momento en que Estados Unidos navegaba rumbo a la recesión, a finales de 2007, el Comité de Mercados Abiertos de la Reserva Federal —la sala de control en la que se supone que tienen que saberlo todo— rebosaba autocomplacencia. Tim Geithner, a la sazón presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, predecía por aquel entonces que «el gasto de los

consumidores se ralentizará un poco y las empresas reaccionarán reduciendo progresivamente los fondos que destinan a contratación laboral y a inversión, lo que dará como resultado unos cuantos trimestres de crecimiento moderadamente por debajo de la tendencia de los últimos años».²⁰

Esa ineficacia total a la hora de medir correctamente el riesgo de mercado no obedeció a una mera actitud de ciego optimismo: estaba apoyada en la experiencia. Ante cualquier empeoramiento de la situación económica, la Fed siempre recortaba los tipos de interés y permitía así que los bancos se prestaran más dinero todavía, aunque respaldado por una proporción de activos propios cada vez inferior. Así se formó la segunda respuesta refleja básica del neoliberalismo: la suposición de que todas las crisis son solucionables.

Desde 1987 y hasta el año 2000, bajo el liderazgo de Greenspan, la Fed reaccionó a cada inversión negativa de la tendencia de crecimiento con una bajada de tipos. El efecto de tal costumbre no solo consistió en convertir las inversiones en una apuesta unidireccional (pues la Fed siempre actuaba tratando de contrarrestar cualquier crac bursátil), sino también en una reducción —a largo plazo— del riesgo de poseer activos financieros.²¹ El precio de las acciones, que, en teoría, representa una suposición calculada de la rentabilidad futura de una empresa, pasó cada vez más a representar una previsión de la política futura de la Reserva Federal. La relación proporcional entre los precios de las acciones y las ganancias (los beneficios anuales) de las quinientas mayores compañías en Estados Unidos, que había ido oscilando entre 10 a 1 y 25 a 1 desde 1870, se disparó de pronto a ratios de entre 35 a 1 y 45 a 1.²²

Si el dinero es un «nexo entre el presente y el futuro», entonces bien podemos afirmar que allá por el año 2000 se abría ante nosotros un futuro más halagüeño que nunca antes en la historia. El desencadenante del pinchazo de la burbuja de las tecnológicas (o las «punto com») en 2001 fue la decisión de Greenspan de subir los tipos de interés para cortar de raíz lo que él mismo denominó la «exuberancia irracional» entonces existente. Pero, a raíz del 11-S y de la quiebra de Enron en ese mismo año 2001, y ante el inicio de una breve recesión, las autoridades monetarias volvieron a reducir los tipos. Y esa ya fue una decisión declaradamente política: la exuberancia irracional sí estaba bien cuando tu país se hallaba de pronto en guerra contra Irak y contra Afganistán, y cuando la confianza en el sistema de las grandes sociedades anónimas se había visto vapuleada por un escándalo tras otro.

Esta vez, la Fed respaldó su medida con una promesa explícita: el

Gobierno federal imprimiría dinero antes que permitir una recesión y una deflación prolongadas. «El Gobierno estadounidense dispone de una tecnología llamada “máquina de imprimir dinero” —declaró en 2002 el entonces miembro de la Junta de Gobernadores de la Fed Ben Bernanke—. En un sistema de papel moneda, cualquier Gobierno decidido puede siempre generar una elevación del gasto y, consiguientemente, una inflación positiva.»²³

Cuando las condiciones son positivas y predecibles, los beneficios de los bancos son inevitablemente altos. La actividad bancaria se convirtió de ese modo en un juego táctico en continuo cambio, pero siempre centrado en arrebatar el máximo dinero posible a competidores y clientes (particulares y empresas). Así se creó la tercera reacción refleja básica del neoliberalismo: la generalizada ilusión de que se puede generar dinero a partir del dinero, sin más.

Aunque redujeran progresivamente el porcentaje de capital que los bancos estaban obligados a guardar en caja, lo que sí habían mantenido las autoridades federales estadounidenses durante mucho tiempo fue una separación estricta entre los bancos comerciales que prestaban a particulares y empresas en general, y los bancos de inversión, una segregación impuesta en la década de 1930 por la Ley Glass-Steagall. Sin embargo, a finales de la pasada década de los noventa, en plena fiebre de fusiones y compras, el sector de la banca de inversión se globalizó y consiguió que las normas que trataban de regularlo fueran poco menos que testimoniales. Fue el entonces secretario del Tesoro Larry Summers quien, en 1999, a raíz de la derogación de la Ley Glass-Steagall, abrió el sistema bancario general a la codicia de los aficionados a las finanzas exóticas, opacas y domiciliadas en paraísos fiscales.

El dinero fiduciario contribuyó, pues, a la crisis creando una oleada tras otra de falsas señales del futuro: la Fed siempre nos salvará, las acciones no son productos de riesgo y los bancos pueden obtener grandes rentabilidades con un negocio que es, en esencia, poco arriesgado.

Nada evidencia mejor la continuidad entre las políticas aplicadas antes y después de la crisis que la llamada «expansión cuantitativa» (o QE, por sus iniciales en inglés). En 2009, atemorizado ante la magnitud del desafío, Bernanke —junto a su homólogo británico Mervyn King, gobernador del Banco de Inglaterra— puso las prensas de impresión de dinero en marcha. En noviembre de 2008, China había empezado ya a imprimir dinero de una forma más directa: mediante la concesión de préstamos bancarios «blandos» (de los bancos estatales) a las empresas, unos presta-

mos que nadie esperaba que estas devolvieran nunca. La Fed terminaría imprimiendo 4 billones de dólares durante los cuatro años siguientes: primero compraría los depreciados títulos de deuda de prestadores hipotecarios respaldados por el Estado, luego bonos del Estado, y por fin deuda hipotecaria, y todo ello a un ritmo aproximado de unos 80.000 millones de dólares al mes. El impacto conjunto de todas estas medidas fue una inyección desbordada de dinero en la economía a través del aumento de los precios de las acciones y de la reactivación del mercado de la vivienda, lo que, en la práctica, supuso que los primeros receptores de tan abundante caudal monetario fuesen los bolsillos de quienes ya eran ricos.

Japón había sido pionero en aplicar la solución de la máquina del dinero después de que su propia burbuja inmobiliaria estallase en la década de 1990. Cuando su economía nacional volvió a tambalearse, el primer ministro nipón Shinzo Abe se vio obligado a poner de nuevo en marcha la fabricación de dinero en 2012. Europa —debido a sus propias normas diseñadas para evitar devaluaciones del euro— esperó hasta 2015: hubo que aguardar a que la deflación y el estancamiento estuvieran sobradamente instalados para que el BCE se comprometiera a imprimir 1,6 billones de euros.

Yo calculo que la cantidad total de dinero impreso a escala global, incluyendo el comprometido por el BCE, se eleva a unos 12 billones de dólares, o lo que es lo mismo, una sexta parte del PIB mundial.²⁴

Lo cierto es que funcionó, pues impidió que la situación desembocara en una depresión. Pero fue como recurrir a la enfermedad para curar la enfermedad: se usó dinero barato para arreglar una crisis causada inicialmente por el dinero barato.

Lo que suceda a continuación dependerá de lo que pensemos que es el dinero en realidad. Así, quienes se oponen al dinero fiduciario prevén un desastre en ciernes. De hecho, los libros críticos con el papel moneda se han vuelto un fenómeno tan común como los que reprueban el comportamiento de los bancos. Esas críticas pronostican habitualmente que, como la cantidad de bienes económicos reales es limitada pero la de dinero no lo es, todos los sistemas basados en el dinero papel terminan precipitándose cuesta abajo, tal como sucedió en Texas en el siglo XIX. La crisis de 2008 no fue más que el temblor que anticipa el verdadero terremoto.

En lo que a las soluciones que proponen se refiere, estas suelen adoptar tintes milenaristas incluso. Según escribe un antiguo directivo de JP Morgan, Detlev Schlichter, llegará un momento en que se producirá una «transferencia de riqueza de proporciones históricas» entre los po-

seedores de activos de papel —entre los que se incluyen desde las cuentas bancarias hasta los fondos de pensiones— y los propietarios de activos reales (oro, principalmente). De las ruinas de ese cataclismo, predice él, surgirá un sistema en el que todos los préstamos tendrán que estar avalados con efectivo depositado en un banco (será lo que él llama una «banca respaldada al cien por cien con reservas») y en el que regirá un nuevo patrón oro. Eso hará necesaria una enorme subida puntual del precio de dicho metal precioso, pues el valor de todo el oro del mundo tendrá que aumentar para ponerse al nivel de la riqueza mundial total. (Una lógica similar subyace al movimiento Bitcoin, una iniciativa dirigida a crear una moneda digital no respaldada por Estado alguno y de la que solo haya una cantidad estrictamente limitada de efectivo.)

De materializarse, esta propuesta de un mundo nuevo de dinero «real» conllevaría un ingente coste económico. Si las reservas bancarias tienen que equivaler en volumen total al de préstamos concedidos, resulta imposible la expansión de la economía por medio del crédito y no tienen cabida los mercados de derivados financieros, cuya complejidad nos permite —en condiciones normales— disponer de mayor flexibilidad para resistir problemas como sequías, pérdida de cosechas, retiradas de automóviles defectuosos del mercado, etcétera. En un mundo donde los bancos poseen reservas equivalentes al 100 % de los depósitos en ellos ingresados, habría necesariamente repetidos ciclos de freno y reactivación (*stop-go*) y niveles elevados de desempleo. Y basta un simple cálculo matemático para comprender que, de ese modo, entraríamos en una espiral deflacionaria: «En una economía con una oferta monetaria invariable y productividad en aumento [...] los precios tenderían a descender», reconoce el propio Schlichter.²⁵

Esta es la opción preferida por los fundamentalistas monetarios de derechas. Su gran temor de cara al futuro es que el Estado nacionalice la banca con el fin de alargar la vida del dinero fiduciario, cancele las deudas, asuma el control del sistema financiero y mate para siempre el espíritu de la libre empresa.

Como veremos, eso bien podría acabar sucediendo. Pero el razonamiento de esos economistas encierra un defecto fundamental: no entienden lo que el dinero es en realidad.

Según la caracterización que de él se hace popularmente en economía, el dinero no es más que un medio de cambio práctico y cómodo que se inventó en su momento porque, en las sociedades antiguas, intercambiar un cesto de patatas por una piel de mapache era algo demasiado

aleatorio. Pero, como bien ha mostrado el antropólogo David Graeber, no existe prueba alguna de que las sociedades humanas tempranas usaran realmente el trueque, ni de que el dinero surgiera a partir de este.²⁶ Aquellas personas utilizaban algo mucho más potente: la confianza.

El dinero lo crean los Estados y siempre lo han creado los Estados; no es algo que exista con independencia de los Gobiernos que lo avalan. El dinero siempre es una «promesa de pago» emitida por un Gobierno. Su valor no depende del valor intrínseco de un metal; es más bien un indicador de la confianza de las personas en la permanencia del Estado que lo respalda.

El dinero fiduciario habría funcionado en Texas si la población de aquella zona geográfica hubiese pensado que el Estado texano iba a perdurar. Pero nadie —ni siquiera los colonos de los tiempos de El Álamo— lo creyó; sin embargo, en cuanto la gente se dio cuenta de que Texas iba a integrarse en Estados Unidos, el valor del dólar texano repuntó.

Entendiendo esto, resulta evidente la verdadera naturaleza del problema del neoliberalismo. El problema no consiste tanto en que pueda decirse: «¡Demonios! ¡Hemos impreso demasiado dinero en comparación con el volumen total de bienes y servicios existente en la economía real!». El problema de verdad, aunque pocos estén dispuestos a admitirlo, es que podamos llegar a decir: «¡Demonios! ¡Ya nadie cree en nuestro Estado!». El conjunto del sistema depende de la credibilidad de la autoridad estatal que emite los billetes. Y en la moderna economía global, esa credibilidad no descansa exclusivamente sobre los Estados concretos, sino también en un sistema multicapas de deudas, mecanismos de pago, vinculaciones informales de una divisa a otra, uniones monetarias formales como la del euro y enormes reservas de divisas extranjeras acumuladas por los tesoros nacionales a modo de póliza de seguros en caso de que el sistema se hunda.

El verdadero problema del dinero fiduciario se presenta si (o cuando) ese sistema multilateral se desmorona. Pero no adelantemos acontecimientos. De momento, lo que hemos aprendido es que el dinero fiduciario —combinado con la economía de libre mercado— es una máquina de generación de ciclos de expansión y contracción. Si se deja a su aire, sin supervisión alguna, podría por sí solo —antes incluso de considerar los demás factores de desestabilización— empujar la economía mundial hacia el estancamiento a largo plazo.

LA FINANCIARIZACIÓN

No hay más que ir a cualquiera de las localidades británicas devastadas por la decadencia industrial para ver repetido el mismo paisaje urbano: establecimientos de préstamos rápidos, casas de empeños y comercios que venden muebles o electrodomésticos a plazos con tipos de interés hiperinflados. Junto a los prestamistas, probablemente nos encontraremos también con la otra mina de oro de las localidades golpeadas por la pobreza: las agencias de colocación privadas. Fijémonos un momento en sus escaparates y veremos anuncios de trabajos remunerados con el salario mínimo interprofesional, pero para los que se pide algo más que una capacitación mínima: operarios de imprenta, cuidadores de personas mayores con turno de noche, trabajadores de almacenes centrales de reparto... Todos ellos son empleos que solían estar pagados con sueldos bastante dignos y que hoy se retribuyen con el nivel mínimo que permite la ley. En algún otro lugar del barrio, más apartado de las calles principales y de la mirada de los transeúntes, nos encontraremos con otras personas que tratan de recoger y recomponer los destrozos que va dejando el sistema: bancos de alimentos administrados por iglesias y organizaciones benéficas, y oficinas de asesoramiento al ciudadano que ahora se dedican principalmente a ayudar a quienes viven agobiados por las deudas.

Hace solamente una generación, esas mismas calles albergaban pujantes negocios de verdad. Recuerdo la calle mayor de mi localidad de origen, Leigh, en el noroeste de Inglaterra, en la década de 1970, abarrotada las mañanas de los sábados de familias prósperas de clase obrera. Entonces había pleno empleo, salarios altos y productividad elevada. Había también numerosas sucursales bancarias. Aquel era un mundo de trabajo, ahorro y gran solidaridad social.

El aniquilamiento de aquella solidaridad (y con ello, la reducción forzada de los salarios, la destrucción del tejido social de esos barrios y ciudades) se propició con la finalidad (inicial, al menos) de despejar el terreno para poder afianzar el sistema de libre mercado. Durante la primera década de ese proceso, sus consecuencias se hicieron palpables en la aparición en esas zonas de una delincuencia y un desempleo acusados, una fuerte decadencia urbana y un deterioro considerable de la salud pública.

Pero entonces llegó la financiarización.

El paisaje urbano de hoy en día —establecimientos que facilitan dinero rápido y caro, mano de obra barata, y recogida y reparto de alimen-

tos gratuitos— es el símbolo de los efectos obrados por el neoliberalismo. El estancamiento salarial fue reemplazado por el crédito y los préstamos: nuestras vidas se «financiarizaron».

«Financiarización» es una palabra muy larga; si pudiera usar otra con menos sílabas, lo haría, porque este es un concepto central del proyecto neoliberal que nos conviene conocer y comprender mejor. Los economistas utilizan el término para condensar en él cuatro cambios que comenzaron en la década de 1980:

1) Las empresas dejaron de financiarse en los bancos y acudieron a los mercados financieros abiertos para sufragar sus propias expansiones.

2) Los bancos acudieron entonces a los consumidores en busca de una nueva fuente de rentabilidad, así como a un conjunto de actividades de complejidad y riesgo altos que llamamos «banca de inversiones».

3) Los consumidores se convirtieron en participantes directos en los mercados financieros: las tarjetas de crédito, los descubiertos autorizados, las hipotecas, los préstamos para el estudio o los destinados a la compra de vehículos pasaron a ser parte de nuestra vida cotidiana. Una proporción creciente de las ganancias y la rentabilidad que se obtienen actualmente en la economía en general proceden, no de la contratación de mano de obra ni de la provisión de bienes y servicios que esos trabajadores compran con sus salarios, sino de los fondos que se les prestan.

4) Cualquier forma simple de finanzas genera hoy un mercado de productos financieros complejos en algún punto más elevado de la cadena: toda persona que compra una casa o un coche está produciendo un retorno financiero calculable en algún otro punto del sistema. Los contratos de telefonía móvil, las inscripciones en un gimnasio, los gastos en energía de nuestro hogar..., en definitiva, todos nuestros pagos regulares son luego «empaquetados» en instrumentos financieros que generan un interés constante para algún inversor, mucho antes incluso de que hayamos decidido contratar esos servicios. Y, entonces, alguien, un perfecto desconocido para nosotros, arriesga una apuesta a que seremos capaces de afrontar esos pagos (o a que no).

Puede que el sistema no haya sido diseñado específicamente para mantener los salarios bajos ni la inversión productiva débil (de hecho, los políticos neoliberales no se cansan de afirmar que su proyecto favorece el trabajo de alto valor añadido y la productividad), pero, a juzgar por sus

resultados, la financiarización y los sueldos bajos son como el empleo precario y los bancos de alimentos: no hay lo uno sin lo otro.

Según las cifras del propio Gobierno, los salarios reales de la mano de obra dedicada a la producción en Estados Unidos están estancados desde 1973. A lo largo de ese mismo periodo, la cantidad de deuda acumulada en la economía estadounidense se ha duplicado hasta alcanzar el 300 % del PIB. Mientras tanto, la proporción del PIB de Estados Unidos producida por los sectores inmobiliario, financiero y de los seguros ha aumentado desde el 15 hasta el 24 %, con lo que es hoy mayor que la del sector industrial y se aproxima a la del resto del sector servicios.²⁷

La financiarización también modificó la relación entre las empresas y los bancos. A partir de la década de los ochenta, la cifra de los beneficios trimestrales a corto plazo se convirtió en la vara de medir usada por el mundo financiero para destrozar inmisericordemente los antiguos modelos empresariales de negocio. Las compañías que obtenían ganancias escasas se vieron forzadas a deslocalizar su mano de obra, a fusionarse, a probar estrategias monopolísticas de todo o nada, a fragmentar sus actividades en diversos departamentos externalizados... y a recortar salarios sin cesar.

La ficción que subyace en el núcleo mismo del neoliberalismo es que todo el mundo puede disfrutar del estilo de vida consumista sin que aumenten los salarios. Se puede pedir dinero prestado sin entrar nunca en bancarrota. Por ejemplo, si alguien pide prestado dinero para comprarse una casa, el valor de esta nunca dejará de incrementarse. Y siempre habrá inflación, por lo que si alguien pide dinero prestado para comprarse un coche, el valor de la deuda remanente habrá mermado sin remedio para cuando el prestatario necesite un nuevo vehículo, lo que le dejará sobrado margen de crédito para pedir más dinero prestado.

El acceso generalizado al sistema financiero le convenía a todo el mundo. Los políticos estadounidenses de centro-izquierda podían presumir del creciente número de familias pobres, negras e hispanas que contrataban hipotecas; los banqueros y las compañías financieras se enriquecían vendiendo préstamos a personas que no podían permitírselos. Además, generó el enorme sector de servicios que ha crecido en torno a las clases acaudaladas: los floristas, profesores de yoga, fabricantes de yates, etcétera, que suministran una especie de Downton Abbey de cartón piedra a los ricos del siglo XXI. Y le convenía asimismo al ciudadano de a pie, porque, a fin de cuentas, ¿quién le hace ascos al dinero barato?

Pero la financiarización conllevó una serie de problemas que desencadenaron la crisis, pero que esta no ha llegado a resolver.

El papel moneda es ilimitado, pero los salarios son reales. Se puede continuar creando dinero eternamente, pero si los trabajadores se quedan con una proporción decreciente del mismo y una parte cada vez mayor de las ganancias viene generada por las hipotecas y las tarjetas de crédito de esos trabajadores, llegará un momento en que toparán contra un muro infranqueable. En algún punto, la cinta elástica de la expansión de los beneficios financieros resultante de suministrar préstamos a consumidores con situaciones económicas cada vez más tensas se romperá y nos herirá en su brusco retroceso. Eso es exactamente lo que sucedió cuando la burbuja de las hipotecas basura (o *subprime*) estalló en Estados Unidos.

Entre 2001 y 2006, el volumen de préstamos hipotecarios en Estados Unidos creció desde los 2,2 billones de dólares anuales registrados en el primero de esos años hasta los casi 3 billones del segundo: un incremento significativo, pero no desproporcionado. Sin embargo, los préstamos *subprime* —es decir, los que se concedían a clientes pobres con tasas de interés real elevadas— aumentaron desde los 160.000 millones de dólares hasta los 600.000 millones. Y las hipotecas de «tipo variable» —que pueden comenzar siendo relativamente baratas para, luego, encarecerse con el paso del tiempo— crecieron como salidas de la nada hasta constituir el 48 % de todos los préstamos concedidos durante los tres últimos años del *boom*. Este mercado de préstamos arriesgados, complejos y condenados al impago, no existía hasta que los bancos de inversión lo crearon.²⁸ Esto ilustra otro problema inherente a la financiarización: se rompe el nexo entre préstamo y ahorro.²⁹ Los bancos comerciales minoristas siempre poseen menos dinero del que prestan. Ya hemos visto que la desregulación los animó a guardar menos aún en sus reservas y a jugar con el sistema. Pero este nuevo proceso —por el cual cada torrente de interés generado es empaquetado dentro de otro producto más complejo que es luego distribuido entre los inversores— obliga a los bancos corrientes a acudir al mercado monetario cortoplacista simplemente para poder atender sus operaciones normales.

Esta práctica imprimió un giro mortífero a la psicología de la banca. La naturaleza de sus préstamos a largo plazo (tanto de las hipotecas a veinticinco años como de las tarjetas de crédito con saldos pendientes permanentes) se fue apartando cada vez más de la premura cortoplacista de lo que la propia banca debía tomar prestado para operar. Por eso, puede decirse que, además de los chanchullos y de las malas valoraciones de los precios de los productos financieros, la financiarización origina en la banca una tendencia estructural a las crisis de liquidez instantáneas

—es decir, a la insuficiencia de efectivo disponible— como la que destruyó a Lehman Brothers.

En sociedades financiarizadas, una crisis bancaria no suele traducirse en escenas de clientes acudiendo en masa a las sucursales a retirar su dinero, pero simplemente porque los clientes no disponen ya de demasiado dinero en el banco. Son los propios bancos los que tienen su dinero en el banco —entiéndase, en otros que no son el suyo propio—, dinero que, como bien descubrimos en 2008, es en una muy elevada proporción en forma de papel sin valor.

Los problemas aquí descritos solo pueden solucionarse si ponemos freno a la financiarización. Si permitimos que continúe, sucede que, con el tiempo, una parte cada vez mayor del dinero del sistema financiero es ficticio y una parte cada vez mayor de las instituciones de ese sistema pasa a depender de recursos que estas piden prestados a corto plazo.

Sin embargo, ningún político ni regulador estaba preparado para dismantlar el sistema. Así que, en vez de eso, lo han recompuesto de nuevo, cebándolo con 12 billones de dólares de dinero creado de la nada, y han vuelto a echarlo a andar. Con esto solo se garantiza que las mismas condiciones que causaron el último ciclo de expansión y contracción terminen generando otro (siempre y cuando se produzca algún crecimiento significativo a partir de ahora).

El historiador Fernand Braudel sostenía que el declive de toda superpotencia económica comienza con un espectacular giro hacia las finanzas en busca de recursos. En su estudio sobre la decadencia de los Países Bajos como imperio comercial en el siglo xvii, escribió: «Cuando alcanza la fase de la expansión financiera, toda evolución capitalista de ese tipo parece estar anunciando la llegada de su propia madurez, como si fuera una señal del inicio de su propio ocaso otoñal».³⁰

Los proponentes de la teoría del «otoño financiero» señalan que un patrón parecido se observó en la República de Génova —principal centro financiero de la Baja Edad Media— y, tiempo después, en los Países Bajos; y más tarde, en Londres, hacia el final del Imperio británico. Pero, en cada uno de esos ejemplos, era la potencia dominante la que tendía a convertirse en el gran prestador mundial. En el neoliberalismo, sin embargo, esa pauta se ha invertido. Estados Unidos —y Occidente en general— se han convertido en los prestatarios, no en los prestadores. Y eso constituye una ruptura del patrón tradicional.

También supone una ruptura de esa tendencia el estancamiento salarial. Los grandes imperios financieros de los últimos quinientos años ob-

tenían beneficios a partir del comercio desigual (gracias a unos términos de intercambio que les eran favorables), la esclavitud y la usura, factores que luego aprovechaban para financiar unos estilos de vida mejorados en la metrópoli. Bajo el sistema neoliberal, sin embargo, Estados Unidos ha estimulado las ganancias a base de empobrecer a sus propios ciudadanos.

La verdad es que, desde que las finanzas se han colado en nuestras vidas diarias, ya no somos esclavos únicamente de la máquina y de la rutina laboral de nueve a cinco, sino que nos hemos vuelto también esclavos de los pagos de intereses. Ya no generamos solamente beneficios para nuestros jefes a través de nuestro trabajo, sino que también los generamos para los intermediarios financieros a través de nuestros créditos y préstamos. Una madre soltera que cobra una ayuda social, pero al mismo tiempo se ve obligada a acudir al mundo de los préstamos rápidos y de la compra a crédito de artículos del hogar, puede estar generando una tasa de retorno mucho más alta para el capital que un trabajador de la industria automovilística con un puesto de trabajo fijo.

Desde el momento en que cualquier ser humano puede generar una rentabilidad financiera simplemente por el hecho de consumir —y cuanto más pobre el consumidor, mayor es la tasa de retorno—, se obra un cambio profundo en la actitud del capitalismo ante el factor trabajo. Esto es algo que exploraremos más adelante, en la segunda parte del libro. De momento, y a modo de resumen, digamos que la financiarización es un rasgo permanente del neoliberalismo. Como el dinero fiduciario, la financiarización conduce al fallo general del sistema, pero este no puede sobrevivir como tal sin ella.

EL MUNDO DESEQUILIBRADO

El resultado inevitable del neoliberalismo fue el surgimiento de los llamados «desequilibrios globales» en el comercio, el ahorro y la inversión. Para los países que aplastaron el movimiento obrero organizado, que deslocalizaron buena parte de sus industrias productivas y que alimentaron el consumo a base de incrementar el crédito, la inevitable consecuencia de todo ello fue la generación de déficits comerciales, deudas públicas elevadas e inestabilidad en sus sectores financieros. Los gurús del neoliberalismo instaron a todo el mundo a seguir el modelo anglosajón, pero, en realidad, el sistema dependía de que unos cuantos países clave optaran por no seguirlo.

El superávit comercial de Asia con el resto del mundo, el superávit de Alemania con Europa, la incesante acumulación de deudas de otros países en las carteras de valores de los exportadores de petróleo... Ninguno de esos fenómenos era una anomalía; al contrario, fue lo que permitió que Estados Unidos, Gran Bretaña y el sur de Europa tomaran prestado por encima de sus posibilidades.

Dicho de otro modo, debemos entender desde el primer momento que el neoliberalismo solo puede existir porque ciertas naciones clave no lo practican. Alemania, China y Japón aplican lo que quienes los critican llaman «neomercantilismo»; esto es, manipulan sus posiciones comerciales, inversoras y monetarias para acumular un gran volumen de efectivo de otros países. Algunas de estas naciones con superávit eran consideradas hace solo unos años unas rezagadas en términos de sus indicadores macroeconómicos, pero, en el mundo posterior a la crisis, han demostrado ser de las pocas economías que aún se tienen en pie. La actual capacidad de Alemania para dictar unos términos humillantes para Grecia, cuando aún perdura en la memoria de muchos helenos el recuerdo de la esvástica ondeando sobre la Acrópolis, nos enseña el poder que supone ser un productor, un exportador y un prestador cuando el neoliberalismo se viene abajo.

El principal indicador del desequilibrio global es la balanza por cuenta corriente: la diferencia entre las importaciones y las exportaciones de bienes, servicios e inversiones. El desequilibrio mundial en términos de balanza por cuenta corriente creció constantemente a lo largo de la década de 1990 y luego se disparó tras el año 2000: de un 1 % del PIB global que representaba por entonces, pasó a un 3 % en 2006. Los principales países con déficit eran Estados Unidos y la mayoría de los europeos; los países con superávit eran China, el resto de Asia, Alemania, Japón y los productores de petróleo.³¹

¿Por qué importa esto? Porque los desequilibrios produjeron el material inflamable que ardió con la crisis de 2008 al cargar los sistemas financieros de Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa con unas deudas insostenibles. Fue el material que forzó a Grecia, que carecía de capacidad para salir de la crisis manipulando su potencial exportador, a entrar en una espiral letal de austeridad. Y fue lo que dejó a la mayoría de países «neoliberalizados» abrumados por unas montañas impagables de deuda pública.

Tras la crisis de 2008, el desequilibrio por cuenta corriente ha caído (desde el 3 % del PIB global hasta el 1,5 %). La proyección más reciente

del FMI no aprecia riesgo de un segundo repunte si se cumplen a rajatabla dos condiciones: que China no regrese a su antigua tasa de crecimiento y que Estados Unidos no vuelva a su anterior ritmo de endeudamiento y gasto. En palabras de los economistas Florence Pisani y Anton Brender, «la única fuerza que podría poner freno definitivo a la continua profundización de los desequilibrios globales sería el hundimiento de las finanzas globalizadas».³²

Después de 2008, ha bastado una mengua temporal del déficit por cuenta corriente para convencer a algunos economistas de que el riesgo que representaban anteriormente los desequilibrios ha desaparecido.³³ Sin embargo, entretanto otro indicador clave de desequilibrio en el mundo ha crecido; me refiero a las existencias de dinero de otras monedas (también conocidas como reservas de divisas) atesoradas por los países con superávit.

Aunque el crecimiento de China se ha moderado hasta el 7 % anual y su superávit comercial con Occidente se ha reducido, en realidad sus reservas de divisas acumuladas se han duplicado desde 2008: a mediados de 2014, se situaban en torno a los 4 billones de dólares.³⁴ Las reservas globales de divisas también habían crecido durante ese periodo desde algo por debajo de los 8 billones de dólares hasta los cerca de 12 billones que sumaban a finales de 2014.³⁵

Los desequilibrios siempre habían planteado dos riesgos bien diferenciados. En primer lugar, la posibilidad de que inundaran las economías occidentales de tanto crédito que provocaran el colapso del sistema financiero, como así hicieron finalmente. Pero, en segundo y más estratégico lugar, conllevaban el peligro de que todo el riesgo y la inestabilidad mundiales hasta entonces contenidos quedasen liberados y se transfirieran de un Estado a otro a través de un sistema interestatal relativo a la deuda y los tipos de cambio que, al final, se viniese abajo. Y este es un peligro que continúa estando muy presente.

Si Estados Unidos no pudiera seguir financiando sus deudas, el dólar terminaría por desplomarse en algún momento; de hecho, la sola impresión de que eso pudiera ocurrir sería suficiente para hundirlo. Pese a ello, la dependencia mutua que existe entre China y Estados Unidos, y, a menor escala, la de Alemania con el resto de la eurozona, garantizan que nunca se active ese detonador.

Todo lo que ha venido pasando desde 2008 con la acumulación de las reservas de divisas puede entenderse como una póliza de seguros cada vez mayor con la que los países con superávit tratan de protegerse de la posibilidad de un colapso estadounidense.

Si el mundo estuviese formado solamente por fuerzas económicas, este sería un panorama aceptable: crecimiento bajo o estancamiento en los países con déficit, incremento gradual del valor de la moneda china (el yuan o renminbi [RMB]) con respecto al dólar, una devaluación paulatina de la deuda estadounidense por efecto de la inflación y un déficit comercial más reducido en Estados Unidos gracias a que la fracturación hidráulica (*fracking*) hace que disminuya su dependencia del petróleo extranjero.

Pero el mundo se compone de clases, religiones y naciones, entre otras cosas. En las elecciones europeas de 2014, diversos partidos que prometían hacer pedazos el sistema global obtuvieron un 25 % (o más) de los votos en sus países (en Dinamarca, en Francia, en Grecia y en Gran Bretaña). En 2015, en el momento de escribir estas líneas, la victoria de la extrema izquierda en Grecia ha introducido muchas dudas en cuanto a la cohesión futura de la zona euro. Además, la crisis diplomática en torno a Ucrania ha provocado que Occidente imponga a Rusia las primeras sanciones comerciales y financieras serias desde el comienzo de la globalización. Oriente Próximo y Medio es un polvorín y ya está ardiendo por numerosos puntos, desde Islamabad hasta Estambul, mientras las rivalidades militares entre China y Japón son más intensas que nunca desde 1945, respaldadas a su vez por una intensa guerra de divisas.

Para que todo saltara por los aires bastaría con que uno o más países «tomasen la vía de salida» recurriendo al proteccionismo, a la manipulación monetaria o al impago de la deuda. Y puesto que la nación más importante, Estados Unidos, tiene en estos momentos un Partido Republicano comprometido (retóricamente, al menos) con esas tres medidas, las probabilidades de que algo así ocurra son bastante elevadas.

Los desequilibrios eran fundamentales para la naturaleza misma de la globalización; solo el colapso financiero vivido en 2008 logró invertir esa tendencia.

Dejemos claro lo que eso significa: la actual forma de globalización tiene un error de diseño, un defecto de fábrica. Si produce un crecimiento elevado, solo es a base de alimentar unas distorsiones insostenibles que solo una crisis financiera puede corregir. Así que, para reducir las distorsiones (los desequilibrios), no queda otro remedio que contener la forma normal del crecimiento neoliberal.

LA REVOLUCIÓN INFOTECNOLÓGICA

El único factor positivo que contrasta con todos los negativos señalados hasta el momento es la revolución tecnológica, que fue un producto del neoliberalismo y ha continuado avanzando con fuerza incluso desafiando a la crisis económica. «La sociedad de la información —ha escrito el filósofo Luciano Floridi— ha sido creada por la tecnología de más rápido crecimiento de toda la historia. Ninguna generación anterior había estado expuesta a tan extraordinaria aceleración del poder de la técnica sobre la realidad, con los correspondientes cambios sociales y responsabilidades éticas que ese poder comporta.»³⁶

Fue el incremento de la potencia computacional lo que hizo posible que surgiese un sistema financiero global. Ese fue el pilar sobre el que se asentó también el crecimiento de la oferta monetaria, pues los sistemas digitales hicieron superflua la necesidad de efectivo. Permitió asimismo la redistribución física de la producción y de la oferta hacia los mercados emergentes, donde la mano de obra es barata. Redujo la necesidad de cualificación de los trabajadores de las industrias mecánicas, volvió superflua la mano de obra semicualificada y aceleró el crecimiento del trabajo de baja cualificación en el sector servicios.

Pero si bien las tecnologías de la información se han convertido, por decirlo en palabras de Floridi, en «la tecnología característica de nuestro tiempo», su aparición bien podría representarse como un truco de ilusionismo donde se van haciendo desaparecer sucesivamente cosas sobre el escenario. Veríamos así, en un primer momento, el nacimiento de los grandes ordenadores centrales, que, poco después, serían sustituidos por los servidores, que, a su vez, desaparecerían también de las sedes centrales de las grandes corporaciones empresariales para alojarse en grandes naves climatizadas en otro lugar distinto. El chip de silicio se va haciendo más pequeño; los dispositivos adicionales que, tiempo atrás, atiborraban nuestros espacios de trabajo —los módems, discos duros, disquetes, etcétera— se van volviendo también más reducidos, más escasos, hasta que al final desaparecen. El *software* «propietario» es producido inicialmente por departamentos de informática de las propias empresas, pero luego es reemplazado por versiones «*prêt-à-porter*» que cuestan solo la décima parte del precio de las hechas a medida. Y, también al poco tiempo, los departamentos informáticos desaparecen y son reemplazados por centros de atención telefónica instalados en Bombay. El PC pasa a ser el portátil. El portátil se encoge y se vuelve más potente, pero es superado por el teléfono inteligente y la tableta.